

UNA TAZA DE CAFE

POR

ROMILDA MAYER

Genoveva mira a su madre con ojos sumisos e implorantes:

—¿Te vas?

Sin darse cuenta acaricia con el dorso de la mano el rico terciopelo que parece, visto al trasluz, vivo cristal negro. Es de nylón: todo lo que su madre usa, desde que llegó la moda de Francia y Estados Unidos, es de nylón, y del mejor. Siendo mejor, ya se sabe, es el más caro.

—¿Te vas? —vuelve a musitar, levantando la carita pecosa.

Genoveva tiene once años y un complejo de niña tonta. Se lo dice así su madre, esa bella mujer erguida como flecha delante del espejo, que se ajusta el sombrero sobre el casco cobrizo de sus cabellos lacios, a la última moda también, sólo que no son de nylón, ¡qué lástima!... Se lo dice su padre también: “Tonta, tonta, parece mentira que seas tan tonta”. Y su padre es un caballero, lo sabe cierto porque hasta cuando van al cine, algunas tardes, oye que los acomodadores le dicen: “Caballero, por aquí; gracias, caballero”. Los caballeros no mienten nunca. Así que ella es tonta de verdad, sin excusas ni atenuantes.

—Sí, me voy. Ya está.

Sonríe a sí misma en el espejo. Luego baja la mirada —se le curvan desmesuradamente las pestañas embadurnadas de rimmel— hasta tropezar con la mirada de su hija que enrojece y retira su mano del terciopelo.

—¿Qué haces aquí? ¿No tendrás sucias las manos, acaso?

Se toca la falda, se la alisa sobre las caderas estrechas.

—¿Tengo derecha la costura de las medias? —pregunta a Genoveva, que se apresura a tirarse al suelo, sobre la moqueta color paja, para mirar concienzudamente las piernas esbeltas.

—Sí, mamá.

¡Qué felicidad tan intensa siente correr por su espalda! Es como un escalofrío tibio y grato. Su madre se ha dignado encargarle —a ella precisamente— un pequeño servicio, el de mirar si las costuras de las medias, también de nylón, ¿cómo no?, están derechas. Tiene ganas de echarse toda contra ella, abrazarla, besarla, oliendo su perfume em-

briagador, expresarle su ancha gratitud por esta muestra de confianza.

—Bueno, pero levántate, tonta... ¡Qué criatura!

Ya pasó todo. Genoveva se levanta y se mantiene quieta delante de ella, con la cabeza baja. Su madre es incomprensible.

—Anda, vete a la cocina. Dile a Bibi que me haga, en seguida, una taza de café. Voy a esperar un poco antes de salir.

Otro encargo. Pero éste no la hace tan feliz... ¡Si se atreviese! ¿Y por qué no? Papa no está y con los dos delante su timidez es doble.

—¡Mamá! ¿Quieres que yo te lo haga?

—¿El qué vas a hacer tú?

—El café.

—¿Tú? Vamos, tonta... Tú no sabes hacer café, y menos como la Bibi. Ella sabe cómo me gusta.

Bibi es la muchacha de confianza de su madre. Es Bibiana, así la llaman las gentes de su pueblo, cuando van a verla a la cocina.

A Genoveva se le ocurre llamarla Bibí, con un acento sobre la i que parece un pitido de tren. A Bibi sin acento le molesta y la llama tonta, ella también. Como todos en aquella casa.

—Bibí... Bibí... Bibíííí...

Corre a la cocina, con un grumo de llanto en la garganta. Ya está segura, segurísima, que su madre la odia. Por maldad la llama siempre tonta y deja que hasta la Bibi —no Bibí— se lo diga a todas horas... Y esto no está bien, no y no.

Bibí no está en la cocina. La busca hasta en la despensa; no hay Bibí, aunque chille su nombre, arrastrándolo por los pasillos y por el jardín que está quieto, lleno de frío, desnudo de flores y de verde.

—Bibi no está. Debe haber salido con su...

—¿Qué dices? ¿Qué sabes tú? —pregunta ásperamente su madre, colgando el receptor del teléfono.

—No, no sé nada... —se retrae Genoveva con súbito miedo.

Cree que no se debe hablar, a su edad, de cosas tan grandes, tan secretas, como esa de tener novio. Por otra parte, le parece rara la actitud de su madre cerca del teléfono.

Quiere hacerse perdonar y ofrece nuevamente, tímida:

—Yo puedo hacerte una taza de café. Sé cómo se hace, de verdad.

—Vamos a verlo, anda... Por una vez, no hagas tonterías de las tuyas.

Genoveva se va. Pero ya está Bibí en la cocina... Claro, estaba en su cuarto, vistiéndose para salir.

—Bibí...

—¿Qué pasa?

—Nada... Un poco de agua.

—Tú misma puedes tomarla, ¿no? Yo tengo prisa. Me están esperando.

“Ya sé quién te espera”, piensa Genoveva, “pero no debo decirlo aún. Me llamarían tonta otra vez.”

—Anda, bebe, tonta... Parece que no sabes ni encontrar un vaso... Yo, en cambio, no soy tan finolis... Mira cómo bebo cuando tengo sed.

Se acerca a la pila, doblándose sobre ella, empujándose sobre los pies. Tiene un talle fino y blando, sin corsé. Abre el grifo, tuerce la cabeza y entreabre la boca: el chorrillo le cae en los labios recién pintados, resbalándole un hilo por la mejilla.

—Ya ves. Así no tengo que fregar vasos.

Se enjuga la gotita con el paño de secar los platos.

—Bueno, hasta luego, Geno.

La chiquita se irrita. ¿Por qué ha de llamarla Geno? Genoveva es un nombre bonito y no necesita cortes. En cambio Bibiana...

—Adiós, Bibííí...

Espera que cierre la puerta y se apresura a preparar el café. Es bien sencillo. Ya está molido en un bote de cristal y no hay más que llenar la cazuelita, encajarla y esperar que el agua hierva del otro lado de la cafetera marca “Vesuvio” que trajo papá de Nápoles. El café sale solo. Gotea lentamente, pesado, negro, luego en hilitos color marrón que se hace más claro a medida que la taza se llena. Es una cafetera rápida y simpática.

Coge una bandejita, coloca el azucarero con sus pinzas para los terrones, la taza humeante y una diminuta servilleta bordada.

Entra en el saloncito. Su madre ha terminado de hablar. Está nerviosa, inquieta. Se ha quitado el sombrero, aquel casquete de terciopelo igual que el traje, oscuro y brillante. El rico abrigo de pieles, sobre el respaldo de una butaca parece muerto de golpe.

—Mamá... El café.

Los ojos que la miran, vagamente sorprendidos, brillan de ira contenida, de rabia o dolor.

¿Qué le pasa a mamá?, piensa Genoveva. Mira al teléfono, rencorosa.

—Ya no quiero café, ni nada... Déjame en paz. Vete. ¿Has oído, tonta?

Genoveva siente temblar la bandeja. Sin una palabra se vuelve para la cocina. Su café, su primera taza de café, hecha por ella para que su madre no tenga necesidad de Bibí cuando Bibí no esté... La desprecia, no quiere ni probarla... Su grácil figurita se dobla y el

llanto corre por sus mejillas: una lágrima le cosquillea la nariz irresistiblemente y cae al fin —como una gota del grifo— en el centro de la taza.

—Niña, ven aquí... —dice su madre de pronto.

Genoveva intenta secarse las lágrimas con el codo. Se vuelve con su bandeja temblorosa.

—¿Qué, mamá?

—Ven. Voy a tomarlo.

Le sonrío, triste, conmovida. Como nunca.

—¿Lo has hecho tú? ¿Solita?

—Sí, mamá. Yo sola.

La madre toma un sorbo.

—El azúcar... Mamá, no tiene azúcar.

La madre la mira, incrédula.

—¿Estás segura, hijita? Pero si está dulce, cariño..., si está maravilloso... Gracias, preciosa mía...

Genoveva ha dejado caer la bandeja... Demasiado peso de pronto. Todo se ha roto: esparcidos encima de la alfombra, los terroncitos de azúcar brillan, y brilla la porcelana, hecha añicos, del azucarero. La bandeja parece un espejo, un reducido lago de plata, entre flores rosa, azules y malva.

Recoge la servilletita bordada y se enjuga los ojos —la tonta—, sin osar levantar la cabeza, esperando, feliz, inmensamente feliz.

Romilda Mayer.

Pardiñas, 26.

MADRID